

Martin Michael Driessen
El santo
Una novela picaresca

Traducido del neerlandés por Isabel-Clara
Lorda Vidal

Alianza editorial

Título original: *De Heilige*

Esta publicación ha sido posible con el apoyo de la Dutch Foundation for Literature.

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Imagen de cubierta: © The Picture Art Collection / Alamy Stock Photo / Cordon Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



© Martín Michael Driessé 2019
© de la traducción: Isabel-Clara Lorda Vidal, 2022
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-785-4
Depósito legal: M. 23.389-2022
Printed in Spain

«Este es mi Hijo el Amado,
en quien me complazco; escuchadle.»
Mateo, 17:5

I

Cuando yo era niño, muchos creían que era un santo o que estaba destinado a serlo. Convicción esta que se debilitó con el paso de los años y que desapareció durante largo tiempo después de que arrojase a aquella mujer desde la torre de la iglesia.

Les contaré mi vida lo mejor que pueda; una vida que empezó en 1789 y que se prolongó hasta las seis y cuarto de la mañana del 7 de junio de 1839. Mi final podría haberse producido de otro modo que por la guillotina, pues la muerte lo ignora todo de nosotros.

Vi la luz poco después de mi nacimiento. Júpiter formaba un trígono con Venus, lo cual se considera un presagio extraordinariamente favorable, y además aquel año sucedieron en el mundo importantes acontecimientos de toda índole: el nombramiento del primer obispo católico en Norteamérica, el descubrimiento del elemento uranio y el fallecimiento del sultán Abdul Hamid I.

Ustedes conocen sin duda esas imágenes típicas del niño Jesús sentado en el regazo de su madre con una aureola alre-

dedor de la cabecita, ¿no? Bien, pues yo era un niño así. La gente creía en mí. A mí esto me parecía natural, si bien es verdad que cuando eres un bebé no eliges tales cosas. Yo me dejaba adorar, y no fue hasta mucho más adelante cuando comencé a preguntarme por qué me había merecido esto. Me propuse leer la Biblia algún día, algo que nunca sucedió. Visto en retrospectiva, creo que mi absoluta insensibilidad hacia las nociones del bien y del mal desempeñó, ya en aquella época, un papel crucial en mi vida. Carecía de cualquier prejuicio, me gustaba todo y amaba a cualquier persona que se presentara en mi limitado campo de visión, ya fuera mi querida madre, unas tías antipáticas, un caniche o mi padre alcohólico, que era molinero. De vez en cuando yo alzaba una mano regordeta y miraba a todas las personas y cosas con ojos siempre radiantes. Creo que esto hizo que la gente buena se reconociera en mí y que la mala interpretara mi simpatía como una especie de perdón. Este don especial me ha sido muy útil a lo largo de la vida, tanto para timar a la gente, que era lo que me proporcionaba el sustento, como para consolar a los moribundos.

Siempre he sido extraordinariamente apuesto, y este privilegio que me ha concedido la naturaleza me ha predispuesto a ser condescendiente con el mundo. No quiero ni pensar en cómo habría sido mi vida si hubiera sido un hombre bajito y poco agraciado.

Pero será mejor que empiece mi historia *in medias res*, que es siempre un buen punto de partida. En mi caso, esto significa: en el campo de batalla de Craonne en marzo de 1814. Tenía yo entonces exactamente media vida a mis espaldas, hecho este que, como es natural, yo ignoraba en aquel momento. Con las acciones bélicas no tuve apenas nada que

ver, porque por aquel entonces llevaba yo una vida apacible en una pequeña finca a orillas del río Ailette junto a una viuda fornida a quien llamaba Pupuce, pero la curiosidad me llevó hasta el campo de batalla.

Salí de casa con buen ánimo y a una hora temprana para lo que yo acostumbraba, sobre las diez, y seguí el Chemin des Dames, nombre este que siempre me ha encantado. Hacía un día hermoso, soleado y frío, y una fina capa de nieve de ventisca cubría el paisaje, lo cual me gustaba más que el blanco invernal absoluto, que siempre se me ha antojado opresivo porque el mundo entero parece entonces reducirse a un solo elemento. Ahora era como si un dibujante magistral —me sentía bastante satisfecho de mi capacidad de observación— hubiera ennoblecido con sus contrastes y acentos el esplendor de la naturaleza.

Seguí caminando a buen paso, soplando de tanto en tanto mis dedos para calentarlos, y pronto avisté las cornejas que sobrevolaban en círculos el campo de batalla. Por cautela, me desvié hacia el sur para tener el viento de espaldas y así evitar el esperado hedor, y llegué hacia el mediodía.

Al cabo de dos días, Napoleón ya había regresado a París, por lo que, claro está, nunca se produjo un encuentro entre ese gran hombre y yo.

Desde una loma oteé el campo de batalla —que estaba atestado de soldados caídos, cañones destruidos y cadáveres de caballos—, más o menos como hace un turista cuando examina el plano de una ciudad desconocida para encontrar la mejor manera de llegar a los lugares de interés. Deseaba sobre todo encontrar un gorro de piel o cualquier otro *souvenir* cosaco, pues siempre he sentido adoración por la Rusia lejana y romántica. Todo lo de valor ya se lo habían llevado,

claro —en la linde norte del bosque aún divisé algunas figuras que se movían lentamente entre los caídos, agachándose de tanto en tanto—, pero yo me habría conformado con una simple cruz ortodoxa. Para ello debía acercarme al centro de la llanura donde, como bien sabía yo, habían tenido lugar las grandes cargas de caballería. Así que rocié un poco de colonia en mi pañuelo y me abrí paso entre los cadáveres y los animales muertos.

El espectáculo que ofrecía todo aquello no era particularmente desagradable; los cientos de muertos cubiertos por la fina capa de nieve me recordaron las viñetas de un libro xilográfico con figuras en todas las posturas imaginables: cayendo al suelo, durmiendo, tropezando, crucificados, gateando, saltando, etcétera. Los caballos, con su dentadura amarillenta expuesta y los vientres hinchados, ofrecían un aspecto mucho más monótono y siniestro.

No me topé con ningún oficial superior, porque a estos, claro, no los abandonaban en el campo cuando caían muertos o heridos. Solo había soldados rasos, y, como era esperable, hacía ya tiempo que las tropas victoriosas o los saqueadores les habían robado las armas y todo cuanto pudiera ser de utilidad.

Algunos de aquellos hombres aún parecían estar vivos, así que preferí apartar la mirada de ellos. Encontré, en efecto, a varios cosacos muertos exactamente en el lugar donde esperaba, pero vestían unos harapos tan miserables y malolientes que se me quitaron las ganas de ponerme a buscar una crucecita.

Después de inclinarme por enésima vez en vano sobre un prometedor cadáver —la mayoría de ellos no llevaba encima más que un par de cartas atadas o un pequeño medallón ca-

rente de valor—, y justo cuando estaba pensando en regresar a casa, porque añoraba el abrazo de mi Pupuca, al incorporarme vi que un caballo aparentemente muerto levantaba la cabeza. Era una yegua gris plateada que me miraba a los ojos.

El animal, que yacía junto al afuste volcado de un cañón, tenía las patas traseras destrozadas. Imaginé que, después de dos días tirado en el solitario campo de batalla, tendría mucha sed y salí en busca de cantimploras aún llenas. Enseguida reuní unas cuantas, me puse en cuclillas y comencé a verter el contenido entre los labios agrietados del animal sosteniendo su pesada cabeza para facilitar la deglución. Una de las cantimploras resultó contener brandi, y también esto pareció sentarle bien a mi yegua, porque gemía agradecida entre estertores. Me tomé el último sorbo y fui a buscar más cantimploras. Un soldado dragón alemán, que yacía boca arriba con las piernas separadas, apretaba la suya contra su pecho. Cuando traté de separar sus dedos grises y rígidos, el hombre abrió los ojos y se resistió. Tiré más fuerte, pero él sostenía la cantimplora con firmeza, emitiendo unos sonidos ininteligibles que parecían una súplica. Fue todo un forcejeo y no me quedó más remedio que propinarle unos puñetazos bien fuertes hasta que dejó de moverse y acabó por soltarla.

Descubrí el borde de un pequeño paquete que sobresalía de su chaqueta de uniforme y lo cogí junto con la cantimplora medio llena; pero cuando volví a inclinarme sobre el caballo, este había muerto.

El ojo visible de la yegua, que reflejaba el cielo azul, me miró fijamente y creí leer en él algo así como eterna lealtad y gratitud. Pero también había en esa mirada cierta retranca, como si estuviera coqueteando con el hecho de haber estado allí hacía un instante y ahora ya no.

Desaté el fino cordel del paquetito y desplegué el papel engrasado. Contenía un pequeño retrato en el interior de un medallón de oro ovalado con tapa, acompañado de esta inscripción: *In ew. Tr: u. Liebe Lieselotte*. («Con eterna lealtad y amor, Lieselotte.»)

La miniatura, pintada con extrema habilidad sobre porcelana, mostraba la bonita cabeza de una joven con tirabuzones rubios ataviada con una capucha azul con cintas. Mi corazón dio un vuelco, sentí como si contemplara por primera vez a mi futura esposa. Al mismo tiempo experimenté, emocionado, una cierta perplejidad por el hecho de que mi reciente buena acción hubiera sido recompensada tan rápidamente.

Había también una carta que por desgracia estaba en gran parte empapada en sangre. En el transcurso de mi vida como pícaro he aprendido un buen número de idiomas y se me dan bastante bien el español, el portugués, el italiano e incluso el griego; de modo que no me resultó difícil descifrar las palabras en alemán aún legibles.

... mein theuerster Vater, im 59. Lebensjahr [...] Onkel Karl, eine Mitgift von zwothausend Thaler, sowie die Konditorei in Säckinggen. Möge Gott Dich wohlbehalten [...] schon im Wonne- monat Mai [...] herzinnigst in die Arme schliessen! («... mi querido padre, 59 años [...] Tío Karl, una dote de veinte mil táleros, además de la pastelería de Säckinggen. Que Dios te proteja [...] ya en el feliz mes de mayo [...] ¡te abrazo de todo corazón!»)

Ahora tenía yo clarísimo lo que debía hacer. Y me sentía especialmente feliz porque la flecha de Amor me había alcanzado antes de saber que la encantadora muchacha era rica, aunque, claro está, el elegante medallón ya había sido un indicio de su condición.

Pletórico de esperanza, y con plena confianza en mi futuro, partí hacia Säckingen.

El viaje, que hice en gran parte a pie, me llevó tres semanas, porque deseaba ahorrarme a mí y a mi fornida viuda la pena de la despedida y porque no quería regresar a la pequeña granja donde había pasado un tiempo tan feliz solo para procurarme algo de dinero. Permítanme dedicarle unas palabras más a Pupuce, porque este será el único rastro que su vida, por lo demás insignificante, deje en la historia de la humanidad... Nuestra convivencia se basó esencialmente en la cópula, al menos dos veces cada veinticuatro horas, pero eso no fue todo: Pupuce cocinaba maravillosamente bien y de noche era agradable sentarse en su compañía frente a la lumbre. De vez en cuando yo le echaba una mano —alimentando a las gallinas, por ejemplo—, aunque el trabajo duro del campo se lo dejaba a ella, por supuesto. Pupuce era físicamente mucho más fuerte que yo y este hecho constituía, en cierto sentido, el fundamento de nuestro entendimiento mutuo.

Le hice creer que era un joven erudito sin recursos dedicado a la escritura de una obra innovadora sobre la historia de la mímica humana. Y en latín, con lo que, desafortunadamente, ella no podía leerla. Aunque Pupuce no me hacía preguntas, yo le daba cuenta de mi progreso y le exponía con elocuencia mi nuevo capítulo consagrado por entero al ceño asirio. A veces, cuando estaba aburrido y ya no había nada más que hablar antes de acostarnos, le pedía que posara para mí.

—¿Yo...? ¿Y por qué?

—Porque ahora estoy escribiendo acerca de la evocación de una sonrisa enigmática —le respondía.

Entonces la buena mujer se sentaba en su silla, la mar de feliz y un poco cohibida, con su gato bermejo en el regazo y una paciente sonrisa en su ancho rostro campesino, y yo podía fumar mi pipa en paz.

Pero no se equivoquen: yo realmente sentía respeto hacia ella, sobre todo cuando trajinaba con su enjambre de abejas, una majestuosa reina con velos envolviendo su sombrerito de paja; esta escena siempre estimulaba mi deseo amoroso, que, como es natural, no podía satisfacer de inmediato a causa de los insectos que zumbaban a su alrededor.

Pupuce tenía unos pechos pesados en forma de pera y un lunar en el cuello.

Hago un llamamiento a la humanidad para que recuerde a Marie Bernadette Dumoulin con amor y respeto.

Prestadme vuestra pluma, Chateaubriand y Rousseau, y también vosotros, Millevoye o Constant, para que pueda cantar con dignidad el viaje más bello de mi vida. ¡Prestadme los colores de vuestra fantasía, infundidme entusiasmo e inspiración para describiros los últimos veintiún días que aún me separaban de la muchacha de mis sueños! Por desgracia, la belleza estilística no es mi fuerte; las frases anteriores las saqué de algún lado, claro está.

Así que caminé de Craonne a Reims, y de allí a Bar-le-Duc, Vittel, Belfort y Basilea.

El reino de Wurtemberg había estado tanto tiempo bajo influencia francesa que, a pesar de que me había pasado el año anterior al bando aliado después de la batalla de las Naciones de Leipzig, poco tendría que temer mientras no me topara con adalides políticos; no obstante, crucé la frontera de noche por un bosque oscuro y a partir de aquel momento traté de parecer lo más alemán posible.

Por el camino, ensayaba la historia con la que esperaba ganarme la confianza de Lieselotte, tal como un esgrimidor practica frente al espejo sus tercias, quintas y octavas aunque ignore cómo se desarrollará el duelo. Me presentaría como un desertor de la *Grande Armée*, un compañero de batalla de su prometido caído en combate, cuando nuestros países aún luchaban codo con codo. Yo le llevaba a ella, como amigo, el saludo de despedida de su prometido conforme al último deseo de este, y a partir de entonces, pensaba yo, nuestro romance se desarrollaría con naturalidad. Lleno de confianza, palpé el medallón que llevaba sobre el pecho debajo de la camisa.

El primer día de abril recorrí los últimos kilómetros a lo largo del Rin; el ancho río resplandecía verdoso entre las colinas arboladas y ya por la tarde avisté las torres gemelas de la catedral. Allí estaba mi Säckingen, la encantadora pequeña ciudad donde, estaba convencido, hallaría mi felicidad.

Encontré la pastelería de la joven en el Marktplatz, ubicada en un edificio que debía de formar parte, hacía al menos dos siglos, de la hilera de casas más distinguidas que bordeaban la plaza. Calculé que solo el edificio ya valdría más de cuarenta mil francos. En su fachada lucía un hermoso letrero metálico en forma de *bretzel*.

Vi que salían de la tienda un par de señoras burguesas bien vestidas, esperé un poco y entré. La muchacha del medallón estaba detrás del mostrador y alzó la mirada. Me apoyé contra la jamba de la puerta para buscar asidero, pues sentí un ligero mareo al contemplar su belleza y porque el cálido aroma a café, masa de pan y chocolate fue excesivo para mí, ya que no había comido desde el día anterior. En otras cir-

cunstances habría hecho lo mismo, porque me parecía lo más apropiado para el portador de un mensaje triste.

—*Vous êtes... la Lieselotte?* —pregunté con voz apagada.

—Sí —respondió ella, y un rubor le subió por el pálido rostro, tal como el resplandor rosado colorea el sol naciente.

Lentamente cerré la puerta tras de mí, la miré con mis oscuros ojos tristes y, mientras aún resonaba la campanilla, dije:

—Le traigo noticias sobre su prometido.

—¿Sobre Ewald...? —preguntó la muchacha, y en su clara voz sonó un presentimiento angustioso.

—Sí. Sobre Ewald. Era mi mejor amigo.

Montaba yo mi yegua blanca en primera línea de la carga de caballería. Sabía que los soldados dragones que venían a nuestro encuentro procedentes del este eran alemanes y que mi amigo y antiguo compañero de armas Ewald podría estar en sus filas ahora que el reino de Wurtemberg ya no era aliado de Napoleón, sino enemigo. Le rogué a Dios que no me tuviera que enfrentar con él cara a cara, desenvainé mi sable y grité: *Vive l'Empereur!* En medio de la llanura helada, las caballerías se encontraron; después del primer enfrentamiento y de algunas maniobras se produjo un trepidante combate multitudinario con sable y pistola entre los jinetes en el que nuestros coloridos uniformes se mezclaron como el café y la crema de leche. Me defendí lo mejor que pude y rechacé un ataque tras otro, hasta que Ewald apareció frente a mí, su espada destellando bajo la luz invernal. Refrenamos nuestros caballos y bajamos las armas. Él sonrió y me saludó, y en aquel mismo instante recibió un balazo en el pecho. Nuestra caballería tuvo que retirarse. Yo ya veía venir a los temidos y crueles cosacos; me bajé de la silla de montar y me arrojé sobre mi amigo herido de muerte para protegerlo. Permanecí así, in-

móvil, hasta que la sangrienta batalla llegó a su fin. Ewald murió en mis brazos y me suplicó que le llevara este medallón a su amada Lieselotte, con su último y sentido saludo.

Montaba yo mi yegua blanca en la primera línea de la carga de caballería. Sabía que los soldados dragones que venían a nuestro encuentro procedentes del este eran alemanes, y que mi amigo y antiguo compañero de armas Ewald podría estar en sus filas. Le rogué a Dios que no me encontrara con él cara a cara..., pero el destino dispuso otra cosa.

Sin embargo, lo que al final dije fue lo siguiente:

«Sabía que Ewald podría estar en las filas del enemigo. También sabía que la guerra estaba perdida y que Napoleón había sido derrotado. Todo había terminado, y me negué a alzar la espada contra mi mejor amigo. No participé en la batalla de Craonne. Me oculté en los bosques y rastreeé el campo de batalla después de que los franceses hubiesen retirado las tropas y regresaran a París. Encontré a Ewald herido de muerte, le calmé la sed con el agua de las cantimploras que encontré junto a los caídos y expiró en mis brazos después de suplicarme que le llevara el medallón a su adorada prometida y le trasladara su último y afectuoso saludo».

Lieselotte se echó a llorar lastimosamente sosteniendo en sus manos temblorosas la carta ensangrentada y el medallón.

—Así que es usted un desertor —intervino *Onkel* Karl.

Este caballero, que vivía encima de la pastelería, y que era el tío de Lieselotte además de su tutor, resultó ser un tipo de armas tomar. Tenía unos cincuenta años y era un solterón de complexión corpulenta. Su descomunal cabeza, casi del todo calva, parecía aún más ancha gracias a sus enormes patillas blancas. Tenía los labios finos y una barbilla con la que podrían partirse rocas; sus ojos incoloros me miraban

fijamente por encima de sus gafas de montura dorada. No era un tipo que se dejara embaucar fácilmente. Perteneía a esa categoría de hombres realistas nada sentimentales que abundan en Suiza y que a mí nunca me han caído bien. El cantón de Argovia estaba al otro lado del Rin. Además, *Onkel* Karl era relojero. Nos rodeaban péndulos, relojes de cuco, relojes de pie, cronómetros, relojes de pared, relojes *cartouche*, etcétera.

Me erguí apoyando las manos sobre las rodillas, lleno de una noble indignación que no habría estado fuera de lugar si hubiera dicho la verdad, y respondí despacio:

—He visto la muerte cara a cara en innumerables campos de batalla. No creo que nadie pueda acusarme de cobardía. Luché por los ideales de la Revolución, que tuvo lugar en mi año de nacimiento; he servido a mi emperador, tal como lo hizo su propio rey hasta hace poco. He derramado mi sangre sobre el altar de la honra. Mas yo le pregunto a usted, estimado caballero, ¿es razonable y humano seguir batallando por una causa perdida? ¿Es voluntad del Creador que los amigos se enemisten? ¿Habría sido voluntad de Dios, o de usted, que hubiera matado a Ewald en lugar de socorrerlo en su última agonía?

Todo esto fue excesivo para Lieselotte; abrumada por la emoción, huyó del sofocante cuarto y, sollozando, se arrojó sobre la cama de la habitación contigua, que, como supe más adelante, era la suya.

—Todo esto está muy bien —observó su tío, impertérrito—, pero yo me pregunto cómo pudo nacer esta amistad de la que yo no tenía noticia alguna. Hasta donde yo sé, las fuerzas aliadas se componen de divisiones y brigadas que disponen de sus propios campamentos y combaten bajo el mando de

sus propios generales. Y en el caso de los franceses y los alemanes sucede lo mismo. Entonces, ¿de qué conoce usted a nuestro Ewald?

En ese momento todos los malditos relojes empezaron a dar la hora con un sonido ensordecedor intensificado por el amortiguado repique de campanas de lejanos campanarios, y yo no tenía preparada una respuesta inmediata.

Pero Lieselotte apareció de nuevo, cual ángel salvador, apoyada contra el quicio de la puerta con su carita llorosa. Por muy triste que se sintiera, la dulce criatura era, quizás por primera vez en su vida, la protagonista de un gran drama y no quería perderse nada.

—Ven aquí, mi niña —ordenó *Onkel* Karl tomándola de la mano—. ¿Alguna vez Ewald te habló en sus cartas de ese caballero francés?

La muchacha negó con la cabeza en silencio, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Sin embargo, yo lo conocía desde hacía más de dos años —intervine yo—. Quizás...

—¿Estuviste con él en Rusia? —preguntó Lieselotte.

¡La catastrófica retirada del Moscú en llamas de 1812! Yo había leído los boletines y los diarios: los restos desolados y cada vez más mermados de la *Grande Armée* —a causa del frío, el hambre y los continuos ataques de los cosacos—, que, abandonada por el emperador, intentaba salvar el pellejo como una horda caótica, sin ningún tipo de organización, en forma de brigadas, regimientos o ni siquiera de nacionalidades. ¿Quién sino Ewald me habría rescatado de las gélidas aguas del Berézina?

Todo acabó bien. Yo conté mi historia de manera creíble, muy concentrado, omitiendo justo a tiempo un episodio en el

que el mariscal Ney, el más valiente de los valientes, extendía su capa sobre mí. La marcha de los numerosos relojes, aunque fuera regular, llenaba cada segundo con una densa alfombra acústica de tictacs que seguían un patrón inmutable. Caí en una especie de trance en el que di vida a la inverosímil relación de amistad entre el noble Ewald y yo. Las mentiras me han parecido siempre mucho más interesantes y, en el fondo, más humanas que la verdad. A mí me hacen sentir siempre un verdadero creador, en especial cuando sirven a mis intereses. Podría haber sido. Debería haber sido. Así fue.

La cabezota con gafas de *Onkel* Karl poco dejaba entrever, pero Lieselotte, la dulce y crédula criatura, estaba pendiente de mis palabras con unas lágrimas en las pestañas que le caían con regularidad sobre sus suaves mejillas de melocotón, por lo que me recordó en cierto modo a un reloj de agua chino.

Le pregunté si alguna vez había recibido de Ewald el poema que yo había escrito para ella con motivo de su decimosexto cumpleaños, y que comenzaba con «Cueillez dès aujourd'hui les roses de la vie», pero desafortunadamente no había sido así; en la confusión de la guerra, que a Dios gracias ya casi había terminado, se había perdido una gran cantidad de correspondencia de los soldados.

Todo me salió tan bien que al final la pequeña ciudad casi me acogió como el hijo pródigo; nadie era tan desalmado como para querer devolverme a Francia, que aún no había capitulado y donde, como desertor, me esperaba una muerte segura ante el pelotón de fusilamiento; a la gente de Säckingen le gustó la historia del joven noble francés que había arriesgado su vida para transmitir el último saludo de un noble joven alemán a su prometida y entregarle a esta un valio-

so medallón que de otro modo le habría reportado a él mucho dinero.

Incluso creo que la clase media local me consideraba una especie de ángel, el signo precursor de un tiempo mejor sin servicio militar ni bloqueo continental ni otras restricciones comerciales, en el que cualquiera que trabajara con la suficiente diligencia podría medrar; una situación que, como es natural, no se ha dado jamás en ningún lugar del mundo, pero de esto probablemente no se percataban los buenos ciudadanos cuyas vidas habían estado dominadas por las guerras napoleónicas.

No soy chocolatero, aunque en cierto modo sí lo soy. Nadie podría haber hecho mejor papel en la pastelería que yo. La forma en que llenaba las bolsitas y las pesaba, la gracia con la que a continuación las entregaba en el mostrador, mis charlas con los clientes; todavía no he conocido a nadie capaz de superarme en eso.

De hecho, las mujeres, especialmente las señoras, disfrutaban de interactuar libremente con un hombre atractivo cuando la situación social lo vuelve, por así decirlo, inofensivo. Ellas no tenían ni idea de lo que me habría gustado meter en sus bocas en lugar de todos aquellos *petit fours* y pralinés.

En todo caso, pronto me hice indispensable en el negocio, tanto más porque Lieselotte, la pobre muchacha, no era capaz de llevar bien las cuentas y se equivocaba constantemente con el cambio; yo, sin embargo, estaba en mi elemento detrás de la caja.

Tuve que esperar casi tres meses para poder desvirgarla, porque este fue el tiempo que le duró el duelo, un tiempo que yo podría emplear ahora para ofrecerles un autorretrato conciso y un relato de mis años mozos. Solo que, pese a mi

infalible capacidad para reconocer todo cuanto pueda resultarme útil en el futuro, en realidad olvido de inmediato todo cuanto ha dejado de ser relevante. Siempre he considerado el pasado como una especie de producto residual, lo que hace que me resulte casi imposible contar mi vida. No fue hasta mis años de mazmorra, en los que la bóveda de mi celda constituyó un párpado de piedra durante innumerables días y noches de insomnio, cuando se calmó mi hasta entonces turbulenta existencia, porque ya no sucedería ni podría suceder nunca nada más; fue entonces cuando empecé a reflexionar y a tomar conciencia de mi vida y hasta rememoré mis años mozos.

Trato de trazarles aquí un breve esbozo de mi carácter, pero estoy deseando describirles la primera vez que poseí a Lieselotte en lo alto de la torre de Sankt Fridolin, mientras Säckingen con su bello entorno se extendía a nuestros pies como un plato humeante de langostas rojas.

Como ya dije, yo era un hombre físicamente muy agraciado; estaba dotado de una *great personal beauty*, en palabras de un lord inglés de quien fui secretario durante algún tiempo. Imagínese a un joven cuya belleza atrae la mirada de todo el mundo, tanto de hombres como de mujeres: este era yo. Imagínese a un monaguillo que logra que el cura del pueblo dude de su vocación: este era yo. Imagínese a un niño de una belleza tan angelical que conmovía hasta las lágrimas al violento y borracho molinero que era mi padre: este era yo.

Claro que también soy el hombre que más adelante rompió muchos matrimonios, que hizo perder la cabeza a las solteras para apropiarse de su herencia, que desvirgó a innumerables mozas; a menudo he hecho uso de mis encantos para aprovecharme de la credulidad natural de la gente. Con todo, creo

que he proporcionado a muchas personas una gran felicidad, o al menos la esperanza de felicidad, que es casi lo mismo. Y es que ¿con quién soñaría la gente si no existieran hombres como yo?

Siempre he considerado mi belleza como un bien de utilidad, más o menos comparable a un título nobiliario: después de todo, este no significa nada, en el sentido de que no dice nada sobre la naturaleza de un ser humano, pero abre muchas puertas, eso sí. En cuanto a mi inteligencia, no me considero especialmente dotado.

Logré poseer a Lieselotte gracias al hecho de que *Onkel Karl*, que a pesar de su imponente físico padecía una afección cardíaca, tuvo que desistir de subir la torre a medio camino y esperarnos abajo. No sé si conocen ustedes algo más placentero que ayudar a una alegre joven a subir unas escaleras empinadas o una escalerilla de mano; yo no, y las jovencitas creo que tampoco. Ayudas a la moza a colocar un lindo piececito en el travesaño correcto, le pones la mano en lugares normalmente inaceptables, sostienes los barrotes con los brazos levantados a izquierda y derecha de la joven con el pretexto de evitarle una caída, metes la nariz galantemente en sus faldas, y así, con cada giro y piso, aumenta tu prestigio de indispensable protector. Y todo esto tiene lugar en una excitante atmósfera de aventura que hace latir más fuerte los corazones y acelera la circulación de los fluidos vitales, porque, para una moza, subir acompañada a una torre o una montaña es siempre una especie de viaje iniciático, como si de este modo alcanzara el mismo nivel que el hombre que lo hace posible. Así que también para mí fue emocionante. Me sentía como Petrarca escalando el Mont Ventoux con su Beatrice, o comoquiera que esta se llamara. Los últimos pelda-